

Safe (Sentirse a salvo)*

Por Enrique Meler

Resumen: Este artículo tiene que ver con la pausa, con el paréntesis que representó la peste. Me llamó la atención que nadie mencionara la luminosa cita de Artaud, tal vez lo más profundo que se dijo en occidente sobre la peste. Artaud nos habla de nuestra relación con la peste, pero sin la peste. Todo el inventario de lo que ocurre lo aportamos nosotros y no la peste. La peste sólo pone en entredicho el destino de la humanidad, pero no sabe nada de sí misma. No hicimos nada dos años. Entonces todo el mundo escribió su librito, su articulito, su poemario. Cuando pensé que terminaba corrí a lo de mi editor amigo. No me rompas, -dijo- todo el mundo viene con la obra maestra que hizo estos dos años. Tiene razón. Resulta ridículo, pero el paréntesis conserva un significado que no agota la mención de la *sociedad viral*, más bien lo oculta. La sociedad viral, los negociados con las vacunas, tienden a ocultar la tragedia del terror apocalíptico. Quise referirme a eso, al inventario de que estaba allí, invisible, y que la peste volvió presente. Se van a encontrar con cifras no actualizadas. Los editores de *Espectros* me llamaron la atención acerca de este detalle. Preferí hacer una crónica, me pareció que traería mayor luz sobre el secreto que la peste devela y quise respetar el tiempo real de la reflexión sin hacer arreglos, ni actualizaciones que únicamente podrían falsificar esa crónica. Ustedes juzgarán.

* Escrito durante la cuarentena del año 2020.

Cuando la peste se establece en una ciudad, las formas regulares se derrumban. Nadie cuida los caminos; no hay ejército, ni policía, ni gobiernos municipales; las piras para quemar a los muertos se encienden al azar, con cualquier medio disponible. Todas las familias quieren tener la suya. Luego hay cada vez menos maderas, menos espacio, y menos llamas, y las familias luchan alrededor de las piras, y al fin todos huyen, pues los cadáveres son demasiado numerosos. Ya los muertos obstruyen las calles en pirámides ruinosas, y los animales mordisquean los bordes. El hedor sube en el aire como una llama. El amontonamiento de los muertos bloquea calles enteras. Entonces las casas se abren, y los pestíferos delirantes van aullando por las calles con el peso de visiones espantosas. Otros apestados, sin bubones, sin delirios, sin dolores, sin erupciones, se miran orgullosamente en los espejos, sintiendo que revientan de salud, y caen muertos con las bacías en la mano, llenos de desprecio por las otras víctimas.

La hez de la población, aparentemente inmunizada por la furia de la codicia, entra en las casas abiertas y echa mano a riquezas, aunque sabe que no podrá aprovecharlas. Y en ese momento nace el teatro. El teatro, es decir la gratuidad inmediata que provoca actos inútiles y sin provecho.

Antonin Artaud: El teatro y la peste

La visión es detallada y precisa. No conozco otra página mejor y entonces me ha parecido que multiplicar el fárrago de la información, de los epítetos, de las imprecaciones, resultaba por lo menos inútil, y seguramente estéril. El ocio a mi juicio expresa la maravilla de la vida, pero hoy padecemos un mundo sumido en el ocio y entonces se hace difícil superar la letanía del encierro, la incesante repetición de los gestos y de las ideas. Tal vez por eso todo el mundo este escribiendo su articulito sobre la pandemia y yo vaya siendo arrastrado por la inercia de las circunstancias, en esa dirección, aún contra mi voluntad.

Les preguntan a los viejos si recuerdan algo similar, alguna experiencia que nos pueda servir de ejemplo, o por lo menos de indicio. Sabemos por los libros de la fiebre amarilla. Motivó el éxodo de la clase acomodada de sur a norte. Este éxodo ha permanecido así hasta el presente por aquello de que cada intención tiene su carga ignota y cada paso su injuria. En lo personal recuerdo vagamente la epidemia de poliomiélitis del año 55. Tenía cuatro años, no obstante, algunas escenas se imprimieron en mi memoria azorada. La menciono porque tiene un elemento en común. No había vacuna, refiero mis recuerdos al lapso durante el cual faltó la vacuna Salk, porque todavía no estaba lista. Pintaron con cal los troncos de los paraísos en el parque Centenario, sabiduría campera. Mi hermana mayor estaba completamente

aterrorizada, sufría calambres histéricos y se despertaba a los gritos diciendo que no era capaz de mover las piernas. La medicina la trató con alcohol alcanforado. Se fundó ALPI donde me llevaban a vacunar cuando apareció la vacuna Salk y pude ver a los enfermos terminales ahogándose pacientemente en los pulmotores. La muerte frecuente quedaba prolijamente exceptuada de la gimnasia de los tratamientos. La omisión formateada por el terror y la impotencia de los médicos que puede observarse hasta hoy en día.

El relato de estos indicios, ni siquiera se acerca a la magnitud de la experiencia sanitaria presente. Podemos identificar algunos signos comunes con la pandemia, pero la diferencia no es de grado. Jamás he visto ni vivido nada por el estilo.

Perplejidad y desconcierto

Nos imaginamos que un virus capaz de provocar semejante movilización internacional, debiera superar los más sofisticados diseños biológicos propios de la ficción, capaces de producir un genocidio de proporciones. Sin embargo caracterizan al virus como una peste tonta, tiene un esquema simple de ADN, al parecer es pesado y grande –no pasa desapercibido- y carece de la capacidad de permanecer mucho tiempo en el aire. En cuanto al poder de contagio, primero afirmaron que era similar al de cualquier gripe, pero ahora aceptan que tiene un poder de contagio cuatro o cinco veces superior al de la gripe común. Mientras los gobiernos de los países centrales movilizaban a sus ejércitos y sellaban sus ciudades, los científicos informaban que la *influenza* común provocaba mayor número de víctimas fatales dentro de la población ¿Por qué debemos soportar semejante esquizofrenia? Lo que la información transmite es que esta peste igual que sus versiones anteriores, aviar, porcina, etc. cumple con las condiciones de enemigo perfecto para Sun Tzu, a saber: no estar en el lugar donde se cree y no ser lo que parece.

Nuestra relación con la peste es muy antigua, por lo menos 2500 años. Hemos tejido con ella una relación de terror y fascinación. Muy pronto pudimos reconocerle una capacidad corrosiva sobre la obra humana. Cuando queremos describirla nos acosan sentimientos de fatalidad y de calamidad incontenibles. Pero comparada con otros fenómenos naturales – terremotos, erupciones volcánicas- la peste nos elige, dialoga con nosotros, entonces se humaniza y como tal, también se demoniza. Eso es lo que tan precisamente describe Artaud, y que no resulta ajeno a la actual movilización internacional. En nuestro caso, ni animal, ni humano, ni vivo ni muerto, para existir nos expropia el cuerpo. Destroza la identidad primera, la identidad material del cuerpo propio, el culmen del terror.

Sin embargo en atención a esta virtud corrosiva, el virus actual aparece como un camarada de lucha, qué digo un camarada de lucha, ¡se trata de un verdadero líder revolucionario! Tiene

la capacidad de destruir el capitalismo por nosotros, en ese sentido se muestra como un recurso invaluable. Es que el coronavirus ha cosechado sus primeras víctimas entre las clases más acomodadas, aquellos que tuvieron la capacidad de trasladarse al extranjero por diferentes motivos, no todos frívolos. Por otra parte, quienes razonamos un poco, esperamos una espeluznante masacre entre las clases trabajadoras que son incapaces de mantener un aislamiento suficiente en el transporte público, ni pueden lavarse las manos 20 veces por día porque no hay agua para semejante despilfarro, pero el desastre no se produce y los lúmpenes inexplicablemente no se enferman, aguantan y sobreviven. El virus promueve además una obligatoria conducta solidaria para poder combatirlo, tiene entonces cierta capacidad pedagógica secreta. El aislamiento compulsivo que el gobierno nos ha impuesto, no se debe atribuir al virus, sino a la necesidad de control indiscriminado de parte de las autoridades. Comparado con el coronavirus Vladimir Ulianov no es más que un burócrata pretencioso y mediocre.

Pronto descubriremos que el vitriolo que se derrama sobre las clases acomodadas y que nos brinda la satisfacción fascista de ejercer una represión simbólica, pero principalmente abstracta, continua su curso sobre el resto de nosotros, y allí quienes accedan a un sistema sanitario exclusivo, o quienes puedan viajar en solitario, harán valer las diferencias de siempre. Estas diferencias son mucho más antiguas que el capital, tienen que ver con el poder de los fuertes y la debilidad de los débiles. El coronavirus no es el justiciero que pretendemos, ni un paladín de las libertades. Si bien nos explican que la lucha es solidaria, únicamente será solidaria para el sacrificio, la primera defensa que se nos ofrece es la de someternos a la extrema individuación. Sin resquicio para la resistencia en el mundo por venir.

Se dice que las sociedades del capital buscan desembarazarse de los ancianos. Se explica con la hipótesis de que las personas mayores son más propensas a sufrir algún contagio por diferentes motivos. La lista de los motivos crece todos los días. Además está la cuestión central de la decadencia de los viejos como recurso humano. Esto sólo es cierto para el trabajo físico pero el trabajo físico no parece central en las sociedades actuales. Otra discusión gira alrededor del *aggiornamento* tecnológico para las actividades informáticas. En efecto las personas mayores, pre informáticas como condición etaria, aunque logren adquirir las capacidades técnicas necesarias para moverse en el mundo moderno, jamás alcanzan la naturalidad propia de las generaciones que nunca conocieron otra cosa. Cuando les explico a mis sobrinos que deben memorizar las tablas de multiplicar a fin de no perder ciertas capacidades secretas e ignotas, que de lo contrario perderían irremisiblemente, me miran azorados, tienen razón porque les estoy mintiendo en beneficio de mis propias obsesiones. La verdad es que deben memorizar las tablas porque el Estado los obliga, no hay ninguna otra razón.

Para mí está muy claro que al final del amable ditirambo patriótico nosotros, los niños arrugados y tristes, ya no estaremos aquí. Nuestra antigua memoria no acompañará la explicación última de los actos de los hombres. Hoy en día, eso sólo ocurre parcialmente -He aquí lo que se desea alcanzar. Que la esclavitud se reconvierta en un estado fresco, nuevo, alegre y lleno de esperanza.

Gripezinha

Varias ciudades importantes se han visto invadidas por manadas de animales silvestres, ciervos, carpinchos, jabalíes, monos, que se asentaron en espacios exclusivamente humanos como carreteras o jardines privados -hoy vacíos-. Se proponen varias respuestas en general proactivas para responder a este fenómeno pintoresco. Que la cesación compulsiva de toda actividad industrial y contaminante sana la atmósfera y el agua del planeta. Las aguas del Véneto se volvieron traslúcidas y se pueden ver las mojarras. Que los monos se internan en las ciudades porque hemos dejado de alimentarlos y se han vuelto dependientes de la producción industrial. Sin embargo con el correr de los días aparecieron las diversas hipótesis sobre hegemonía que por supuesto son mucho más razonables.

De lejos esta conducta inexplicada de las más diversas especies silvestres es lo que más me inquieta de esta pandemia en lo personal.

La invasión no puede explicarse plenamente por un cambio en la hegemonía natural porque la hegemonía humana todavía no ha cesado. Una vez que cesara aún habría que esperar mucho tiempo para que las especies pacíficas -y por eso mismo con el temor de convertirse en víctimas o de ser aprisionadas- compartiesen el espacio común. El cambio es de percepción, no de conducta, y en general más allá de la voluntad de alimentarse que resulta lógica, el gesto de los ciervos y de los carpinchos es un gesto de alivio, de percepción del cambio, como he dicho más arriba ¿Qué cambio?

Se ha cortado la cadena humana. La humanidad aún puede defenderse con la mediación de la técnica, pero por distintas razones ya no custodia sus fronteras.

Es un cambio radical, también reversible, pero sin duda es el cambio de paisaje más radical que yo he visto en mi vida. Curiosamente contra la presunción de que esto se trata de una vuelta de tuerca hacia una existencia más natural, una *natura naturans* como enseñaba Xubiri, el paisaje de la cuarentena es una conducta y tal vez una condición completamente artificial para la humanidad.

La amenaza de la peste y su astucia es el apocalipsis. La humanidad también ofrece su astucia en este duelo helado y terrible. 25.000 víctimas que se convertirán en 100.000. Nos cubrimos

los ojos con estadísticas y presunciones pseudo científicas, después de haber declarado que no sabemos nada de este virus, pero sí sabemos que es un virus tonto de baja injuria, sabemos que es un virus pesado, sabemos que no habrá tal apocalipsis si cumplimos fielmente los rituales que la ciencia nos indica. Toda la humanidad se lava las manos, frota las superficies lisas y el calzado, los hombres caen como moscas, viejos y jóvenes, sanos y enfermos, con y sin síntomas. Nuestro saber es tan inconsistente que no alcanza siquiera para medir nuestra ignorancia. Cubramos mejor nuestros ojos para rezar.

Ya fuere que el apocalipsis ocurra, como que no suceda, la idea del apocalipsis permanecerá para mostrar y justipreciar el poder de la peste. El apocalipsis ordena que la defensa contra la peste debe ser una defensa universal y que los hombres eliminen sus diferencias para enfrentarla. La peste nos sumerge en una individualidad extrema y desvalida a través de la cuarentena. La cuarentena ha demostrado ser el puñal de la peste y no el gladio de la humanidad. También es falso e improbable que los hombres puedan unirse en una universalidad abstracta, el vínculo más real y más genuino en esta batalla; el único vínculo reconocido por las personas parece ser el de los estados nación. Es el primer gladio que los hombres han tenido para encarar la guerra *per secula seculorum*. Los estados nación, los únicos capaces de preservar el orden jurídico que el caos individualista de la peste pretende disolver para así proceder al exterminio de todos nosotros. Se trata del vínculo natural propio de la *natura naturata*, la autoconciencia de la humanidad frente a la peste.

Incluso el cristianismo pretende una defensa universal, la plaza vacía de San Pietro y el Cristo Samaritano abandonado por los hombres demuestra su fracaso y su impotencia.

La cuarentena atomiza la sociedad, todos atribuimos a eso la causa de la angustia. Pero a diferencia del proceso físico de la cuarentena, la atomización interior continua: quienes quedamos entre cuatro paredes hemos sido expropiados de nuestro cuerpo. Estas son las condiciones reales para enfrentar el duelo con la peste.

¿Por qué nos quedamos siempre con las naciones y renunciamos a una universalidad a la cual evidentemente aspiramos? Nos hablan de evolución para esta conducta todavía inexplicada.

La universalidad así propuesta, así puesta: nos enseñó Hegel, no es capaz de contener nuestras mediaciones, sobre todo esa universalidad que nos propone la ciencia, la cual rechazamos porque somos incapaces de reconocernos en ella ¿Somos incapaces de aceptar una universalidad que es nuestra creación más genuina y más persistente? Carece de la carga de la objetividad, las naciones por el contrario contienen la historia de los hombres, expresan la experiencia humana y le otorgan un estatus jurídico. Los europeos han creado una UE, pero para esta guerra es necesario un vínculo más genuino y la peste susurra nuestro nombre

secreto: *Emeth*. Emeth es el nombre secreto de Ds, aquel que el rabino de Praga pusiera dentro de la boca del Golem para detenerlo.

¿Qué somos entonces cuando enfrentamos este virus, ni vivo, ni muerto, ni animal ni humano? Estamos infinitamente solos frente a una parte nuestra que no nos reconoce.

El virus nos ordena renunciar a la propiedad de lo humano, por eso nos aterroriza. Tenemos con él un diálogo milenario. Sin embargo el virus gane o pierda es ajeno a nuestras transacciones. Buscamos continuar y para el virus, eso no tiene sentido. Cada enfrentamiento que hemos tenido es único, en la perspectiva del virus, no hay memoria, ni tiempo, mucho menos historia.

Buscamos las cicatrices, repasamos con las yemas el tejido seco e inerte, nos hiere suavemente, pero así tomamos posesión, nos percatamos de la devolución del cuerpo por parte de la peste.

La naturaleza y la técnica.

La razón ha puesto a la existencia en manos de la técnica. Hemos pretendido ocultarlo reservando para nuestra existencia un lugar precioso en el reino de la humanidad. Sin embargo hoy la técnica reclama ese fuero como propio.

La invasión que sufrimos de parte de la naturaleza es la irrupción de la técnica.

La razón guardaba un lugar para nuestro sentido común, la forma que tenemos de comprender de inmediato nuestra existencia, pero la técnica nos expulsa, inventa para ello una jerga inaccesible, llámese álgebra de Boole, teoría de las cuerdas, análisis matemático. Queda reservado para un grupo selecto quienes desde esta nueva posición de poder imaginan una nueva universalidad. El mundo común a los científicos, ellos regirán el destino que la humanidad no ha sabido alcanzar por sí misma. Rechazarla es un acto de barbarie penado con el exterminio.

Cuando la técnica irrumpe de la mano de la naturaleza humillada, exige que se le brinde la ofrenda de la humanidad.

Somos la ofrenda, si se nos devuelve la existencia, tendrá otro nombre. La lección que nos impone el virus es la de encontrarnos en primera persona dentro del universo de la técnica. Ese lugar donde las mediaciones fueron resortes y mecanismos, donde el cuerpo se desdibujaba bajo el influjo infinito de una voluntad omnipotente, que imaginamos como divina, es ahora con el virus, el reducto de la humanidad. Hay quienes piensan, como Luhmann, que el hombre contemporáneo ha desaparecido. Primeramente lo disolvió una

voluntad, pero no es eso. La naturaleza vuelve a traer la sospecha sobre la representación. No hay existencia plena en la representación, es técnica. Exigimos la presencia del eco y de las sombras, la oscuridad del mal, que el mecanismo arranca de la percepción que tenemos de nosotros mismos. Renunciamos a la razón, renunciamos a la unidad, renunciamos a la lógica. Pero la técnica vuelve a reproducirlas y las declara propiedad de lo humano, esta vez con la autoridad irreprochable de la ciencia.



Antonin Artaud - Lápiz y lápiz graso de color sobre papel, 52,5cm x 74cm

La ciencia nos salvará ¿Qué es lo que salvará la ciencia? La ciencia salvará la continuidad de la vida. Exigimos que nuestra vida nos sea restaurada y reintegrada. No nos conformaremos con menos. Pero en el reintegro hay siempre una novedad que trae muchas dudas acerca de lo que nosotros somos.

Sin embargo los seres humanos tenemos nuestra historia. Nuestra historia que reacciona en contra de la invasión. Reclamamos una épica, pretendemos presentar batalla. No aceptaremos fácilmente reducirnos a un mecanismo de resortes y de eficacia. El virus nos acompaña en la exigencia. Es que el poder de la ciencia parece especular, nunca se presenta como superior a nuestras fuerzas, No hay más allá, en la ciencia, por eso pretende reducir nuestra épica a

cenizas, quitarle todo valor. Es una fantasía, afirma la ciencia. Y el virus se rebela y nos traiciona. Sueña un mundo donde ya no existimos.

Puerta entreabierta

La vacuna es un hecho nuevo que se suma al vértigo general. Hay que describir la vacuna como un hecho ausente, una vacuna ausente, pero permite atisbar el mundo de la supervivencia.

Sobre este mundo sabemos muy poco.

La discusión flota sobre lo que se sabe y sobre lo que se ignora, sobre lo que podremos diseñar y sobre aquello que se nos va a imponer.

Lo que define la supervivencia es un límite. Un candado que no podrá ser atravesado. Lo imaginamos como un control, pero me parece mucho más radical. Es un límite terraplanista, si lo atravesamos nos caemos del planeta.

¿Por qué? La vacuna debiera liberarnos, y no esclavizarnos. Es el virus el que nos esclaviza. La liberación es lo que le exigimos a la vacuna, pero nosotros mismos somos el instrumento de esa liberación. Para liberarnos del virus arrastramos nuevamente todas las taras del mundo conocido. La paradoja se repite una y otra vez. La extrema individuación a la cual nos ha sometido la cuarentena, nos ofrece una vaga promesa de autonomía. Sin embargo el peso de la invalidez que cae sobre nuestras cabezas, se traduce en una desmedida masificación detrás de la puerta. En efecto, ahora ante la presencia de la vacuna, la promesa de esa autonomía solo puede ser alcanzada a través de lo gregario, tal es nuestra labilidad. Finalmente la prueba de lo gregario, de lo colectivo, no se alcanza con la metáfora del enjambre, como afirma cierto filósofo coreano, sino de una suerte de ecosistema. Un ecosistema cuyo diseño y especialmente nuestro lugar, todavía ignoramos.

¿Cuál es el alcance de la novedad, de que se trata esta novedad que estaba previsto que apareciera?

Si la epidemia es un espacio la vacuna ha reemplazado el lugar del virus, lo que el virus nos imponía antes, ahora nos lo impone la vacuna. La vacuna es la dueña de nuestra esperanza como el virus es propietario de nuestra existencia.

Todo lo que sabemos de nosotros mismos lo debemos observar a través de la puerta que nos ha entreabierto la vacuna.

Ahora entendemos que el individualismo extremo que nos impuso el virus es en realidad una masificación. La masificación sufre entonces la tensión con lo gregario, con lo colectivo.

La pérdida de partes de nuestro cuerpo en poder del terror que nos hace padecer el virus son sentidas como un falso nacimiento.

La fragilidad del canto victorioso.

El papel de la ciencia. La ciencia sueña con imponer sus términos a la existencia humana. Deseamos aceptar este régimen pero no podemos hacerlo. El lenguaje científico crece a través de esquemas. Eso que pomposamente llamamos racionalidad. Los esquemas ordenan la paja seca de la experiencia humana. Hay un problema insalvable en la síncope del tiempo.

La ciencia es incapaz de escapar de la metáfora, por lo tanto jamás se podrá transformar en historia.

De la juridicidad de la ciencia solo se desprende la tiranía.

Los científicos nos mantienen vivos con la vacuna, pero serán incapaces de regular nuestra vida. Fíjense que cuando el derecho pretende anticipar, simplemente prohíbe. Será el mismo caso de la ciencia fungiendo dentro de la historia humana. Llegará tarde a la tensión de las decisiones y entonces nos propone muerte y destrucción. Haremos bien en desobedecer los mandatos de la ciencia. Esa resistencia torpe e irracional que vimos en la calle, encierra una juridicidad secreta que ha reconocido la incapacidad de las verdades de la ciencia para escapar de sus esquemas. En este sentido la virtualidad es un espejismo que llamamos: online, en línea, sin embargo nuestro tiempo no viene después, como ordena el ordenador, sino que nuestro tiempo es anterior, es el tiempo en el cual, lo hemos diseñado y construido.

Cadena rota y tiempo humano

(La semilla de la diferencia en cuanto a la vida futura)

Entre tanto, también se había abierto la puerta del cuarto de estar, en donde dormía Grete desde la llegada de los huéspedes; estaba completamente vestida, como si no hubiese dormido, su rostro pálido parecía probarlo. ¿Muerto? – dijo la señora Samsa, y levantó los ojos con gesto interrogante hacia la asistente a pesar de que ella misma podía comprobarlo, e incluso podía darse cuenta de ello sin necesidad de comprobarlo.

Die Verwandlung: (La Metamorfosis), Kafka

Enfrentamos al virus con la intención de humanizarlo. Es una batalla perdida. No hay espera en el silencio del virus. Incluso imaginamos que en el virus no hay realmente una presencia. Esto se debe a una diferencia cualitativa en la condición del tiempo. Tiene sentido decir que si bien el virus adquiere vida, no tiene precisamente vida. Existe sí, como peligro, y eventualmente como presencia, pero esta presencia no parece ser una presencia autárquica, una presencia subsistente.

“Si la epidemia es un espacio la vacuna ha reemplazado el lugar del virus, lo que el virus nos imponía antes, ahora nos lo impone la vacuna. La vacuna es la dueña de nuestra esperanza como el virus es propietario de nuestra existencia.”

La forma del terror que sentimos por el virus es que el virus nos mira con ojos humanos.

El vecino enfermo es nuestro enemigo. El medico amigo que sostiene nuestra agonía es un amigo inexistente. Dice que nos ama. Dice que su amor por nuestro cuerpo enfermo es su trabajo.

La vacuna nos ha dado su primera lección. Fracasamos en humanizar al virus. El armisticio ha sido parcial hasta ahora. Sin embargo cuando el virus nos toca, transmuta nuestra humanidad de manera desconocida e inconclusa, -accedemos por un instante a la figura fantasmal de Gregor Samsa- ser nosotros mismos quiere decir algo diferente.

¿Qué ha cambiado, que por desconocido lo llamamos daño?

El virus no existe como un ser sometido al tiempo. Lo imaginamos como una criatura, un prodigio totalmente presente, es una fantasía. Lo cierto es que el virus no accede al pensamiento, no accede al lenguaje y por lo tanto la metáfora también le resulta inaccesible.

La vacuna introduce cierto artificio temporal en la existencia del virus. Este artificio toma la forma del vértigo, nuestra rapsodia frente al peligro de la agonía, nuestra metáfora de la muerte inminente.

Nada de esto le pertenece propiamente al virus. La vacuna es lo que transforma al virus en una enfermedad y como tal ya lo piensa humano ¿Cuánto de humano tiene Gregor Samsa?

En lo que hace al virus Gregor Samsa es humano totalmente humano justamente por ser un insecto. Lo prueba el hecho de ser cuidado por la familia y que finalmente se concluye que

no es una cucaracha sino un escarabajo, una cucaracha que de descubrir las alas traslúcidas que tiene la espalda, podría salir volando.

¿Cómo nos ve Samsa? Samsa ya transformado piensa que es uno de nosotros aunque insistamos en que nos entregue algún secreto inconcluso que llega desde el otro lado ¿Acaso no vivimos en el mismo mundo? Esa será la enseñanza del virus. Aún nuestro propio mundo siempre resultará ajeno a sí mismo. Únicamente se lo reconocerá por sus cicatrices.

Barbijo

El barbijo sueña y pretende un universo colectivo, pero se ha transformado en un lugar de lucha de tensión y de desprecio. La moda se ha apoderado de él. Sufre las taras de la civilización, mejora y empeora con la tecnología y por lo tanto se convierte en una usina de las diferencias. El barbijo en la práctica, es el motor del individualismo.

Hoy nos resulta obvio. No podría haber sido igual, algo diseñado para impedir el intercambio. La máscara oculta, pero es un juego de abalorios, porque expone lo que oculta. Superada la pandemia se va a transformar en una cicatriz, un signo del pasado.

Sin embargo la misión del virus es la negación de lo humano tanto propio como ajeno, la negación es tan radical y profunda que ni siquiera podemos decir que el virus nos mire, que nos observe para compartir nuestro cuerpo. El virus no tiene ojos para poder mirarnos, mucho menos ver que se trata del cuerpo propio, o del cuerpo ajeno. La lucha por acceder a una existencia plena, sí proviene del virus, se trata de su iniciativa, frente a ella somos únicamente un medio, un instrumento para él virus. Pero no hay algo posterior a la victoria, ni siquiera es capaz de reconocer que en nosotros, que en nuestro cuerpo, ya no es el mismo ser. El presente que interpretamos como la existencia del virus será la totalidad de su lucha, la victoria no tiene sentido para el virus.

Luchamos contra el virus, pero no hemos comprendido todavía la naturaleza de este enfrentamiento.

En la lucha contra el virus jamás logramos escapar de la primera persona del singular. Sin embargo repetimos hasta el hartazgo que la salida únicamente puede ser colectiva, ambas afirmaciones resultan ciertas y concurrentes, pero me parece que la contradicción merece alguna aclaración.

Efecto paradójico de la vacuna

La vacuna expresa claramente la naturaleza del enfrentamiento. La vacuna es la promesa de la restauración. Volveremos a la vida tal como era antes. Viviremos como si el virus jamás hubiera existido. Volveremos a ser felices.

Nadie cree en eso. No obstante la aspiración permanece. Es la pulsión de una libertad irrestricta.

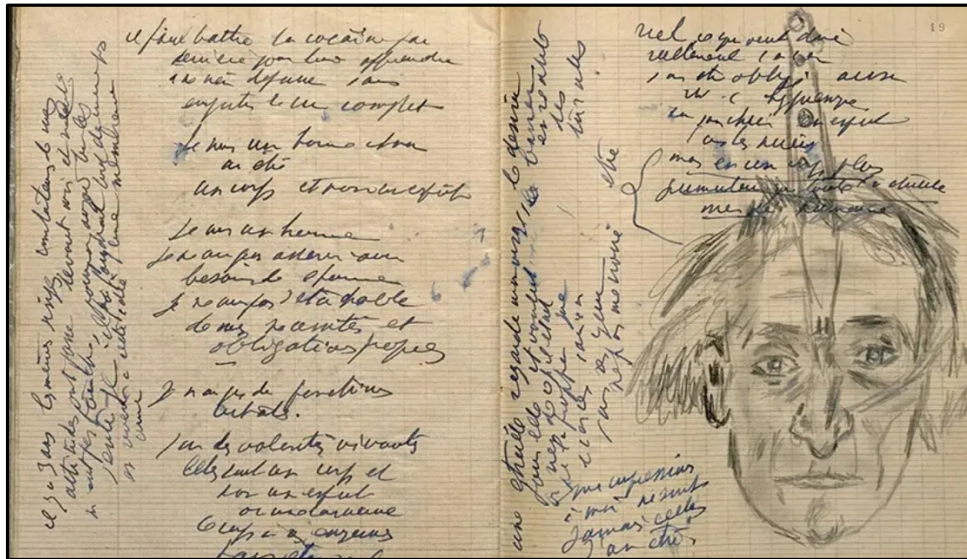
Por el contrario la vacuna parece la prueba de la existencia del virus. Además lo vuelve eterno, nosotros por alguna razón inexorable eventualmente moriremos, pero virus ya nombrado catalogado y establecido, permanecerá con nosotros mucho más allá de su desaparición. Eso sin duda será a causa de la vacuna.

Hoy sabemos más de la vacuna. Se trata de un armisticio: condiciones para la batalla. En efecto no se puede luchar sin una espada, tampoco podemos, una vez recibida la espada, ignorar el duelo contra el virus. Además expresa nuestra incapacidad de enfrentarlo por nosotros mismos, en soledad, representa cierta astucia, nuestro ingenio oculto y nuestro afán de dominar al enemigo.

La vacuna imprime en nosotros la fantasía de una falsa esperanza de victoria. Derrotada la pandemia, se transformará en una mercancía entre otras. Quedará en manos de la Guardia Pretoriana del estado, se convertirá paulatinamente en un secreto.

La peste purifica nuestros vínculos, les ofrece hasta una nueva condición material. Volveremos a ser felices. Si bien la lucha contra el virus nos somete a un solipsismo hiperbólico, sumado al paroxismo cruel de la muerte en solitario. Cuando aceptamos el mandato de la salida colectiva y de la condición gregaria. Esto que se dice: "nadie se salva solo". A quienes elegimos para compartir y para acompañar. Aquellos por los que creemos poder sacrificarnos, serán los genuinos, los verdaderos. Salvamos a los propios, como tales expresan una extensión de nuestro cuerpo, por lo tanto en realidad, rechazamos la condición gregaria.

¿No hay que vacunarse? El pájaro se estrella una y otra vez contra el cristal de la ventana. Es libre le decimos, puede volar por toda la casa. Es uno más entre nosotros. Es parte de la familia.



Antonin Artaud - Cahier n° 253, autorretrato, 1947

No hablamos con Gregor Samsa como hablamos con nuestras mascotas. Ellas son fácilmente humanizadas porque aceptan el subterfugio por el cual nos otorgan el don del mando, además de nuestra virtud de ofrecerles el alimento, sólo entonces pertenecemos a su mundo. Si dejamos de alimentarlos, se sienten en libertad de alimentarse de nuestros cuerpos. Pero Gregor Samsa se cree humano, con él sucede todo lo contrario. Se sorprende cuando lo ponemos en duda. La metamorfosis de su cuerpo es una fatalidad que debiéramos poder reparar, y en caso de que sucediese lo peor, habríamos incurrido en un fracaso para devolver a la normalidad, su condición humana.

Si todo es irremediable: ¿qué tiene que ver el coraje? Ocultamos la muerte de nuestra percepción, lo hacemos adrede. Deseamos que la muerte se convierta en un asunto mecánico, un fenómeno climático, algo que advenga irremediable e imprevisible, de la misma manera que un acto burocrático, la previsible desaparición. Es una batalla perdida, la vacuna convierte a la muerte en una incógnita de indescifrable resolución, y allí aparece la cuestión del coraje, la salida colectiva, y los demás fantasmas.

Hay una diferencia ontológica con el virus, no compartimos un tiempo común. Es tan definitivo como eso.

En sentido contrario puede afirmarse que también hay una evolución en el virus, un aprendizaje, que demuestran la aparición de nuevas cepas y variantes. Cierta astucia para soslayar nuestras estrategias defensivas, por lo tanto el virus es una criatura de este mundo, la

peste que siempre nos ha acompañado, testimonio de maldiciones bíblicas como opina Antonin Artaud. Sin embargo no podemos atribuirle por ello una condición histórica, la evolución no es cosa de este mundo tal vez sea la manos de Dios en la historia humana -o no-, pero la evolución jamás se halla en nuestras manos. La condición histórica sin duda pertenece a nuestra batalla contra el virus, nuestras diferentes batallas contra la peste, pero jamás a la peste misma.

Requiem

Sufría tanto que no se iba, es la vida que no me deja en paz. Puede ser una maldición.

Lo inexorable

La peste nos enfrenta al escarmiento. Tal como sospechábamos el escarmiento tiene rasgos familiares para nosotros. No somos iguales al Destructor. El Destructor se coloca sobre la cabeza del Faraón antes de caer inexorablemente sobre su simiente. Esto es lo que hemos visto, pero no pudimos sacar conclusiones porque cuando la divinidad imparte justicia, nos da la espalda. Es la naturaleza decimos, no se puede hacer nada, pero sospechamos que la fuerza de lo inexorable ha partido primeramente de nuestro corazón.

¿No es una locura pensar que somos los actores principales de un suceso cósmico, como si fuéramos más importantes que el sol?

¿Acaso el sol piensa en la importancia de las cosas?

Se agota la lógica de lo cotidiano, la lógica de lo reconocible. No nos abandona totalmente, porque para acceder plenamente al castigo, a nuestra condición de víctimas, debemos entender lo que ocurre, de lo contrario el castigo se vuelve vacío y estéril. La finalidad de todo castigo siempre ha sido producir una transformación profunda, una transformación que sueña con ser definitiva, suele fracasar en eso.

El destructor hiere la simiente del Faraón, lo enfrenta con su miseria, pero su soberbia parece inagotable. El pueblo de Moshe es perseguido. El faraón se ampara en el juramento de fidelidad que el pueblo le ha ofrecido en su momento de necesidad y que en aquel presente traiciona. Hay una nueva lógica por sobre la lógica de lo familiar cuando Yahveh, Saddy imparte justicia.

No es nuestra muerte y desaparición lo que hoy enfrentamos y tanto nos aterroriza, es la muerte de nuestra simiente. Eso nos moviliza en una defensa, tan ardiente como infecunda,

luchamos como los insectos contra el fuego, porque ya hemos sido alcanzados por la esterilidad de nuestros actos.

Nos mantiene perplejos, que el arrepentimiento resulte insuficiente. Es que el perdón es una fantasía nuestra cuando la divinidad nos ha dado la espalda.

Quisiera llevar esperanza, pero no puedo permitirme llevar ilusión frente a la enorme gravedad de los sucesos. Y los primogénitos caerán por obra del Destructor. No hemos aprendido nada. Por eso la tragedia se repite. No importa cuántos más mueran antes de que este capítulo de nuestra historia se cierre. Quienes sobrevivan seguramente dirán: ¿separar las aguas del mar Rojo?, ¿se ha vuelto loco? Ahora hay vacuna, estamos a salvo. No hemos aprendido nada.

Vísperas del Natalicio

Buenos Aires,
Cuarentena